

## UNA POLITICA ANTIDROGAS PARA COLOMBIA

*Por: Eduardo Correa  
Septiembre de 2012*

La guerra contra las drogas ha sido un fracaso total. Demasiados años probando un modelo que suponía que prohibir, perseguir y fumigar llevarían al aumento de los precios de las sustancias definidas arbitrariamente como ilícitas y que dicho aumento haría que naturalmente se fuera reduciendo el consumo.

Pero si fue un fracaso en la reducción de todo indicador posible en el uso de sustancias ilícitas, no lo fue en aquellos que señalaban el aumento de la violencia. El caso de la cocaína ha sido uno de los factores de mayor disparo en los índices de violencia en Colombia.

La violencia creció y se expandió a otras naciones. El consumo no disminuyó. Después de miles de muertos, millones de hectáreas fumigadas y miles de millones de pesos invertidos, ese estimulante, que no narcótico, nunca logró disminuir su precio. El modelo no sirvió. Esto tendría que ser motivo suficiente para detener cualquier continuidad de este proyecto, pero no ha sido así. Y es que el empecinamiento de esta política responde a otras políticas no explicitadas tras la “guerra a las drogas”.

Por ejemplo, la política de prohibición a ultranza si ha servido para que los Estados Unidos venda armas. Las ultimas, en el mercado de los ilícitos, las del operativo “rápido y furioso”, que atravesó México, dejando su estela de muertos y arribó a Colombia para seguirlos aumentando en una espiral sin fin.

Pero el Plan Colombia o la Iniciativa Regional Andina también ha sido todo un plan contrainsurgente de alta rentabilidad para el complejo industrial estadounidense, con muy tristes resultados para nuestro pueblo y con altísimos costos para el gobierno colombiano.

En lo legal y en lo ilegal ese prohibicionismo se convirtió en una palanca movilizadora de armas legales e ilegales. Y junto con ello en una palanca de injerencia creciente del gobierno de Estados Unidos sobre la institucionalidad colombiana. Lo que ha ocurrido con el escándalo de la compra del herbicida a China es sencillamente patético. Si ello no es una demostración más de la pérdida de soberanía patria, entonces tendríamos que referirnos a una larga lista de presencias militares, de inteligencia, de entrenamientos, de señalamientos acerca de quién les sirve mejor a ellos. Hasta si se certifica o no a un cierto presidente o quien se ajusta más a sus criterios de un buen o un mal gobernante.

Es hora de construir una política con dignidad e independencia para Colombia.

Nuestros muertos no tienen porque valer menos que los de ellos y han sido por miles más los que se han muerto entre nosotros que aquellos que han muerto por un exceso de consumo de una cierta sustancia ilícita, que seguramente no mataría si estuviera controlada y la vendiera un laboratorio legal, con certificado probado de calidad y bajo la supervisión de un facultativo profesional entendedor de los efectos de cualquiera de las sustancias que ellos decidieron prohibir para el mundo entero desde el final de la Primera Guerra Mundial.

Si queremos en verdad un país en paz no se puede seguir invirtiendo en armas y persecuciones inútiles y profundamente mentirosas. Entre otras razones porque la resurrección de la cocaína la provocaron las agencias de inteligencia de los Estados. Esto equivale a decir que se construyó su producción y mercado con el apoyo y la complicidad de la CIA, la DIA, el FBI y la misma DEA, que dice existir para combatir la “droga”, involucrando a personajes tan disímiles como Pablo Escobar, los hermanos Rodríguez Orejuela, el coronel Manuel Antonio Noriega, el coronel Oliver North, el almirante John Pointedexter, el jefe de la CIA William Casey, el dictador boliviano Luis García Meza, o el eterno embajador de la conspiración tenebrosa, John D. Negroponte . Y todo esto para poder financiar la “contra” nicaragüense durante los años de la revolución sandinista.

Pero en años mas recientes hemos visto como su valija diplomática sale con cargamentos de cocaína. Los oficiales que vienen a entrenar o asesorar al ejército colombiano regresan con sus cargas de kilos de cocaína. La Flota Mercante o la Fuerza Aérea han transportado cocaína directamente a sus bases y puertos militares. En lo propuesto para el pacto de las bases en estadounidenses en Colombia prohibían toda revisión de sus valijas y equipajes con el simple propósito de hacerse directamente de todo el negocio, sin tener que compartir sus ganancias con las mulas y “traquetos” que desde Sudamérica hasta sus costas llevan como hormigas sin fin cientos de toneladas anuales de la sustancia blanca.

Por razones de dignidad nacional la construcción de una política debe nacer del derecho que tienen los colombianos a saber esta parte una verdad y que nos justifica frente al mundo para que se inicien políticas alternas a la ciertamente problemática condición del consumo de “drogas”.

Las FARC deben reconocer su lugar de aprovisionamiento del circuito dinero/ armas a través de lo que se ha llamado el “gramaje”. Pero el activismo de las AUC y sus herederos ha sido mayor, en la consecución de semilla de hoja de coca, en su siembra, en el montaje de laboratorios y en las cadenas de exportación, comercialización y “lavado” del dinero resultante, que fue lo que le permitió un crecimiento militar exponencial como el que tuvieron. No importa cómo les llamen a los paramilitares, Bancrimis, o urabenos o lo que sea, estos se seguirán reproduciendo hasta el infinito mientras la garantía de su negocio exija de las armas y su monopolio regional o local donde opere la siembra, producción y tráfico de drogas. Y nuestro pueblo jamás podrá vivir en paz al lado de estos criminales carentes de otro proyecto que no sea el de su propio enriquecimiento.

Por esto mismo hoy tenemos que entender que el circuito de cocaína/armas sólo enriquece al sistema financiero de los Estados Unidos y al complejo industrial militar de los Estados Unidos. Y que este prohibicionismo a ultranza, como la guerra misma que nos hacemos los colombianos entre nosotros, de manera fratricida, sólo afianzan el poder del imperialismo estadounidense. Pero por esto mismo, somos capaces de entender que hoy puede ser más revolucionario y transformador de nuestra realidad colombiana el desarrollo de un proyecto de paz. Pero esa paz no puede subsistir un solo día mientras se mantenga el prohibicionismo a ultranza que nos impone el país del norte.

Hay que abrir todo lo que se esconde tras ese prohibicionismo. La lógica perversa de las ganancias desorbitantes para un sistema financiero en crisis y cómplice directo de un sistema de “lavado” que por años ha permitido lógicas de una acumulación mayor para los bancos más importantes de los Estados Unidos (Bank of America, G.P. Morgan, Chase Manhattan Bank, Chemical Bank City Bank, Wachovia, Wells Fargo, así como su bolsa de valores, Wall Street).

Pero, como si esta lógica perversa de acumulación no fuera suficiente, el gobierno de ese poderoso país desarrolla e impone dominación de toda índole sobre nuestro país en aras del “combate a las drogas”. Certifica o no cualquier acción del gobierno colombiano. Se mete hasta en la cocina en aras de entrenar a nuestro ejército y a nuestra policía. Dicta la línea de los ascensos, despidos y desplazamientos de las fuerzas del orden. Espía a los candidatos a la presidencia, a los magistrados, los senadores y los periodistas. En realidad nadie que les interese o que por alguna razón les cause problemas lo convierten en objeto de su mirada y su escucha con la anuencia de nuestras autoridades. Y terminan por imponer hasta tratados petroleros como la prórroga que les firmó el gobierno de Ernesto Samper a una concesión entregada en 1924 a cambio de 50 millones de dólares y el reconocimiento público de que se habían robado Panamá.

Si toda esta dominación ignominiosa no es razón suficiente para acabar con ese falso prohibicionismo, que la urgencia de la paz nacional si lo sea.

Claro que todo el tiempo se nos dice que no podemos enfrentar solos el levantamiento al prohibicionismo contra las “drogas”. Que esta debe ser una construcción compartida por la mayor parte de los países del mundo, comenzando por los Estados Unidos, que han sido el forjador de este prohibicionismo a nivel mundial. Pero esto nunca lo podremos hacer si no se sabe la verdad. Y los colombianos somos los primeros que tenemos que saberla para comprender a fondo porque no se puede seguir acompañando un día más esa política guerrerista, contra la paz, que nos ha impuesto el país más poderoso de la historia.

Si esa verdad la sabemos los colombianos, debemos comunicarla para que la conozcan muchos otros pueblos. El mismo pueblo de los Estados Unidos. Y entonces se hará comprensible porque Colombia tiene que salirse de toda lógica prohibicionista. Y estamos seguros muchos otros pueblos, naciones y Estados comprenderán y acompañarán la política colombiana.

Si los colombianos no decimos esto duro y recio jamás podremos salir de un proyecto perverso que se oculta tras el prohibicionismo contra las drogas y por lo tanto no podremos plantearnos un proyecto de paz duradero.

La solución al problema de las drogas comienza con una nueva narrativa de su historia. Con una explicación al mundo de quienes se enriquecen tras ese prohibicionismo. De quienes se montan en mayores instrumentos de intervención, dominación y colonialismo tras esa trata de perseguir a las drogas y a los drogadictos.

Entonces el primer paso es construir esa nueva narrativa, para después expandirla, llevarla a todos los foros del mundo, volverla política sistemática de la diplomacia colombiana. Transfórmala en manifiesto, en principios, en tratados, en acuerdos, en convenciones anti prohibicionistas.

Y así, finalmente, llegar a unas leyes acordes con una política que trate el problema de las “drogas como uno de salud social, de prevención, de educación, con aparatos institucionales tan grandes o más poderosos que los que hoy tienen hoy la policía, el ejército y la marina para pretender detener esa mentira del “tráfico de drogas”. El mejor control contra las drogas es la conciencia propia. Nosotros le apostamos a eso. Y la conciencia sobre el problema de las drogas no es solo el daño cerebral o fisiológico que pudiera causar a los organismos. Es el daño que nos hace y nos ha hecho tanto tiempo a una anhelada paz.

Por ello en una primera etapa proponemos:

- 1- Concursos de investigación y premios a los investigadores que descubra de la mejor manera posible los orígenes de la historia de la cocaína y de un prohibicionismo que solo ha favorecido el dominio político y la acumulación capitalista financiera. Este es punto de partida para alimentar una segunda etapa de difusión

La propuesta de la segunda etapa es igualmente a través de concursos nacionales e internacionales que integren lo mejor de las investigaciones premiadas en forma de:

- 2- Guiones para cine y televisión
- 3- Novelas
- 4- Ensayos
- 5- Telenovelas
- 6- Películas
- 7- Obras de teatro
- 8- Títeres
- 9- Comics

En una tercera etapa hay que promover foros, convenciones, encuentros, nacionales e internacionales, donde se de salida a toda esta producción de la otra narrativa anti-prohibicionista y que debe arrojar desde los manifiestos hasta los tratados sobre otros tratamientos al problema de las drogas.

En una cuarta etapa se debe consensar una nueva legislatura sobre el tema de las drogas que la apunte a que su problematización gire alrededor de una propuesta de salud social y no de accionar punitivo.

Y en una quinta etapa se debe iniciar el desmonte de toda la institucionalidad punitiva a cambio de una de salud y educación para tratar el problema de las “drogas”. Aquí la construcción de programas curriculares que expliquen desde la primaria hasta las universidades, no sólo el daño potencial que produce todo estupefaciente en el organismo propio, sino toda esta historia de dominación colonialista y negociados encubiertos que genera.